



“QUÉ HACER,
CUANDO NO SABES
QUÉ HACER”

• RENÉ PEÑALBA •

¿QUÉ HACER CUANDO NO SABES QUÉ HACER?



René Peñalba

Es presidente fundador de la Red Misionera Global CCI, organización que aglutina más de 620 iglesias y acciones misioneras en 31 países de América, Europa, Asia y África. Cuenta con una reconocida y exitosa trayectoria como pastor, autor y mentor por más de 40 años.

¿QUÉ HACER CUANDO NO SABES QUÉ HACER?

René Peñalba

© Derechos Reservados

Las citas bíblicas, excepto las indicadas,
fueron tomadas de la Nueva Versión
Internacional, NVI

CCI Publicaciones

Edición: María Sánchez Alvarado

Diagramación: Danilo Espinal

Diseño de portada: César Román Murillo

VideoGrafo del autor: David Cuellar

Primera edición. Impresa. 2009

Segunda edición. Electrónica. 2020

Contenido

Prólogo.....	4
¿Qué hacer?	6
Primer consejo, Pídele a Dios que haga una radiografía de tu corazón	10
Segundo consejo, Disponte a admitir tu participación y tu responsabilidad	16
Tercer consejo, Cambia tu manera de responder a lo que te afecta	25
Cuarto consejo, Háblale a tu aflicción	31
Quinto consejo, No te resistas ni forcejees... Sé enseñable al Señor	37
Sexto consejo, Renuncia a la justicia propia.....	42
Séptimo consejo, Pídele también a Dios que te provea la motivación que necesitas.....	47
Octavo consejo, No hagas nada; simplemente, ino hagas nada!	51
Ora conmigo.....	54
Epílogo	61

Prólogo

¿Qué hacer, cuando no sabes qué hacer? Escuché esta pregunta, como frase dicha por parte de un colega pastor y amigo en una de sus charlas, durante una semana de conferencias. Parecía algo dicho de paso, pero quedó gravitando en mi mente no sólo durante esos días sino por meses enteros.

Con el tiempo esta pregunta comenzó a tomar forma y sentido. Comencé a darme cuenta que enfoca cierta situación y momento de la vida en el que nos vemos arrinconados, sin respuestas ni opciones a seguir. Y aunque en primera instancia pareciera tratarse de una pregunta un tanto ilógica, hay un momento en que cobra sentido y razón, sobre todo en épocas de confusión, duda o conflicto.

De allí, pues, que surgiera el proyecto de escribir este libro, con un solo propósito: Dar aliciente a quienes sienten haber gastado todos sus esfuerzos y recursos en el intento de solución o mejoramiento de aspectos vitales de sus vidas.

En este libro *¿Qué hacer, cuando no sabes qué hacer?*, se encontrará respuestas de orden personal —privado, íntimo—. Con esto quiero decir que lleva de fondo la intención de hacer migrar a la persona, de la idea de que las

respuestas que busca y necesita se encuentran solamente en el ámbito externo de su vida —relaciones, circunstancias, escenarios—, e incitarle mediante la Palabra de Dios a hacer una jornada más bien introspectiva y en el ámbito espiritual, a fin de encontrar que sí hay respuesta en esa dimensión al intrigante acertijo: *¿Qué hacer, cuando no sabes qué hacer?*

Amigo lector, no me cabe la menor duda que alguna vez has estado en semejante posición: sin salida, sin respuesta, sin opciones. Pero, ¿sabes?, aunque en ocasiones no las vemos, siempre hay salidas, respuestas y opciones legítimas, sobre todo en Dios. Él se encarga invariablemente de proporcionarnos puertas de salida a los conflictos propios del transitar humano por esta vida.

Así que, espero que esta lectura sea provechosa para ti, y que en las páginas de este libro encuentres el acompañamiento en momentos confusos, oscuros y solitarios, en los que parece que hasta las personas más queridas y significativas desaparecen.

Insisto en mi deseo: Que esta lectura sea altamente provechosa para ti.

Bienvenido, entonces, a la lectura del libro *¿Qué hacer, cuando no sabes qué hacer?*

¿Qué hacer?

¿Qué hacer, cuando no sabes qué hacer? Parece un juego de palabras, ¿no es cierto? Pero no lo es. Hay etapas de la vida y hay circunstancias en las cuales, de verdad, uno no sabe qué hacer.

Yo no sé qué de ti; pero yo, por los pasajes de la vida por los que he tenido que transitar y por las experiencias que he vivido, he llegado al convencimiento y a la conclusión que hay momentos en los que no se sabe realmente qué hacer. Este importante y crucial tema es al que te invito a estudiar conmigo; por supuesto, con ayuda de la Biblia, la Palabra de Dios.

Y aunque no es la costumbre en un libro, sobre todo en su inicio, déjame hacer una oración para poder entrar en esta materia; porque necesitaremos asistencia del Cielo para poder incursionar en el tema de manera provechosa. Acompáñame en esta oración...

«Dios,

La vida y la historia representadas en este lector son importantes, pues es tesoro especial para Ti.

No hay nadie, Señor, que carezca de valor a tus ojos. Sin embargo, en la medida en que vivimos y se escribe nuestra

historia, vamos siendo invadidos por la sensación de no tener suficiente importancia, valor y validez.

Padre, quiero hoy, con la ayuda de tu Palabra, rescatar ese valor, rescatar esa importancia, rescatar la validez de la persona que inicia esta lectura.

Señor, quiero expresar tu consejo, no el mío; quiero expresar las ideas de tu libro magnifico, no las mías.

Ayúdame Dios. De igual manera, te pido que ilumines los ojos del entendimiento de este querido lector. Que sea derramado sobre él ese colirio especial que traiga el discernimiento de tu Espíritu.

Señor, que él pueda acomodar lo espiritual en lo espiritual; que haya revelación y entendimiento. Que se pueda redimir ese algo más que necesita redención en esta persona. Que el elemento salvífico, terapéutico y redentor de tu Palabra, caiga como un manto sanador sobre quien lee estas líneas.

Bendigo a esta persona, bendigo su vida; bendigo su historia, bendigo su escenario de vida, bendigo su destino.

Amén.»

Muy bien, ¿qué hacer, cuando no sabes qué hacer? Te invito a tomar un texto de las

Sagradas Escrituras, es el Salmo 69. En sus primeros versículos se lee:

"Sálvame, Dios mío, que las aguas ya me llegan al cuello. Me estoy hundiendo en una ciénaga profunda, y no tengo donde apoyar el pie. Estoy en medio de profundas aguas, y me arrastra la corriente. Cansado estoy de pedir ayuda; tengo reseca la garganta. Mis ojos languidecen, esperando la ayuda de mi Dios."

Salmos 69:1-3

En este salmo de David, no pienses que encontramos lírica, verso o poesía, solamente. Aquí se habla de la dramática, cruda e inexplicable experiencia de alguien que se ha quedado sin respuestas; alguien que ha transitado por las distintas rutas y senderos de la vida sin hallar salida.

¡Y mira de qué manera describe su situación! Habla de que las aguas ya le llegan hasta el cuello, dice estar hundido en una ciénaga profunda; habla de no tener dónde apoyar el pie. Habla también de estar en medio de aguas profundas, y de sentirse arrastrado por la corriente; habla de sentirse cansado de pedir ayuda, y que su garganta está reseca de preguntar y no tener respuesta.

Este es el cuadro típico del ser humano cuando se encuentra acorralado, cuando ya ha probado todas sus opciones y posibilidades, y aun así no encuentra satisfacción a su necesidad imperiosa de respuesta. Esto sólo puede definirse de una manera: ¡No saber qué más hacer!

Este pasaje del Salmo 69 es pertinente y perfecto como introducción a este tema, porque marca, precisamente, esa lucha o conflicto de no saber qué más hacer, cuando se han agotado ya todas las posibilidades.

Ahora bien —como aclaración—, no es necesario tener la vida por entero sumida en la lucha o el conflicto para estar en esta crisis; pueda que ésta se viva sólo en un aspecto o área particular de la vida. Por ejemplo, pueda que se esté viviendo en el área matrimonial o en cierta época de la vida. Por la edad que tengo puedo recordar las formas como reaccioné en las distintas etapas en que mi vida fue transcurriendo. En fin, me parece que este tema nos concierne en un momento u otro, en una situación o en otra, en una relación o en otra.

Entonces, el pasaje bíblico resulta perfecto al decirnos que esto de no saber qué hacer en un determinado momento, no es teoría, es real; es algo con lo que todos luchamos.

Pues bien, ¡vamos a trabajar!

¿Qué hacer, cuando te encuentras justo en una situación como la que hemos descrito? ¿Qué hacer, cuando no sabes qué hacer? Bien, elaboremos respuestas con ayuda de la Biblia. ¿Qué hacer, cuando no sabes qué hacer?

Primera respuesta y primer consejo: Cuando ya se acabaron todas tus opciones; cuando ya te dijeron todo lo que tenían que decirte; cuando ya probaste desde la "a" hasta la "z", y no hallas qué más hacer... Debes hacer lo siguiente:

Primer consejo,
Pídele a Dios que haga una radiografía de tu corazón

Cuando tu cabeza no te da más, cuando tus amistades te dijeron todo lo que te podían decir, cuando ya lo leíste todo. Cuando auscultaste ya todas las posibilidades y aun así no sabes qué hacer, entonces queda una sola posibilidad: Que haya algo que está funcionando mal dentro de ti. Esto significa que la respuesta que necesitas no tiene que ver con las circunstancias alrededor de ti, ni con las personas que te rodean.

A veces reclamamos que nuestra paz tiene que ver con que alguien cerca de nosotros

cambie. Pero de pronto este reclamo puede tornarse altamente significativo si se hacen las preguntas apropiadas: ¿Qué tal si eres tú el problema? ¿Qué tal si no es tu matrimonio, ni tu trabajo, ni tus hijos? ¿Qué tal si eres tú mismo el de la dificultad? ¿Qué tal si eres tú quien está funcionando mal, y por ello no sabes qué hacer? Es por eso que te doy este consejo: Pídele a Dios que haga una radiografía de tu corazón.

Y ya que estamos citando salmos, vayamos al Salmo 139. Este salmo cuenta con tremenda validez en términos de respuestas sobre la vida humana. Este salmo ha sido uno de mis favoritos debido a que crecí creyendo que no valía nada; crecí al lado de una madre enferma de una condición afectiva, emocional y psicológica, muy seria; lo que la llevó a intentar suicidarse en varias ocasiones. Recuerdo de niño los dramas propios de la depresión, que a su vez me llevaron a poner en mis muñecas las marcas de los primeros intentos empíricos de suicidio, emulando la conducta destructiva de mi madre. Pero al venir a la vida cristiana, precisamente el Salmo 139 dio respuestas importantísimas para mí, y por su poder sanador todas mis luchas existenciales se fueron aliviando.

Este salmo me dice que fue Dios quien me creó; que no fui producto de caprichosas y aleatorias circunstancias; que Él creó mis entrañas y me formó en el vientre de mi madre...

que soy una creación admirable! Me explica que Sus ojos vieron mi cuerpo en gestación; que estaba ya escrito todo sobre mí en Su libro... que era Él quien me estaba diseñando!

Esto fue un gran descubrimiento para mí; porque, ¿sabes lo que yo solía decir en mi adolescencia? Que yo era solamente el producto de un encuentro sexual irresponsable de dos que no se amaban: mis padres. Por eso considero el Salmo 139 como verdaderamente especial.

Pues bien, tomando de este salmo los versos 23 y 24, leemos:

"Examíname, Oh Dios, y sondea mi corazón. Ponme a prueba y sondea mis pensamientos. Fíjate si voy por mal camino, y guíame por el camino eterno."
Salmos 139:23-24

"Sondea mi corazón..." ¡Vaya frase! Sondear —o sondar— es un verbo que se origina en el vocablo "sonda", que se refiere a un vástago de metal acanalado por una de sus caras, que se usa para introducir sin riesgo el bisturí a través de un órgano. De donde "sondar" equivale a introducir en el cuerpo, por algún conducto, un instrumento de forma especial para combatir una estrechez, destruir un obstáculo que se opone al libre ejercicio de la función de un órgano, o para extraer o introducir ciertas sustancias.

En un uso metafórico se puede decir que "sondar" es inquirir y rastrear con cautela la intención de alguien, o las circunstancias o estado de algo o alguien. Es lo que el salmista parece estar pidiendo: Que Dios le sondee; que introduzca con cautela su sonda, para inquirir lo que está pasando en su corazón.

Volviendo al pasaje bíblico en mención, encontramos que la lucha humana en ese contexto es el cuestionamiento y la crisis que se desprenden de la necesidad urgente por saber si se está haciendo lo correcto o no. Lo que está preguntando el autor aquí, es: "Dios, ¿voy por mal camino? ¿Estoy manejando bien mis asuntos? ¿Estoy manejando bien mi problemática de vida? ¿Estoy administrando bien mis relaciones? ¡Esas son las interrogantes de fondo! Y el salmista, al estar tratando de hallar la manija para tener respuesta respecto a si lo está haciendo bien o no, sólo puede decir: Dios, ¡sondame!, ¡exámíname!

¿Sabes?, es bueno practicar un examen médico cuando se trata de preservar la salud y la vida de una persona; de igual manera, es importante y vital examinar, sobre todo cuando se trata de redimir y sanar a alguien de una gestión de vida accidentada o enfermiza.

Hay personas que no gustan mucho pensar o preguntarse qué tan bien o qué tan mal lo están haciendo o, sencillamente, no piensan en

ello; se preguntan solamente qué mal le hacen los demás. No parecen estar muy inclinadas a preguntarse o a procurarse un examen para determinar cómo están actuando y viviendo, o si lo están haciendo bien o no.

Pues bien, éste es el mensaje central del Salmo 139: "Dios, ¿voy por mal camino? Guíame, entonces". Y para poder alcanzar este anhelo, el salmista dice a Dios: "Sondea mi corazón y examíname".

Quiero retomar la palabra "examíname". Es una palabra importante. Se tradujo así del hebreo "*kjacár*", que literalmente significa "penetrar". Otra acepción de ese término —que se tradujo en la Nueva Versión Internacional de la Biblia como "examíname"— es: examinar íntimamente. Esto me recuerda ciertos exámenes médicos verdaderamente íntimos que se practican; y que, precisamente por lo íntimos que son, resultan incómodos y hasta vergonzosos. Pues de eso se trata; de eso está hablando y a eso se refiere el término "*kjacár*", traducido como "examíname". Es penetrar, es examinar íntimamente.

Este vocablo "*kjacár*" también se traduce como "explorar bien" y como "escudriñar". Lo que el salmista está diciendo, entonces, es: "Señor, yo tengo mi vida hecha una confusión. Yo no sé cómo resolver estos problemas de vida; lo he intentado de una y mil formas. Sólo me

queda una opción: penétrame, examíname íntimamente. Señor, explora bien lo que está pasando dentro de mí. Escudriñame.”

¿Sabes?, me he dedicado 34 años de servicio pastoral precisamente a esa dinámica de examen a nivel de la conciencia. Y es interesante ver cómo, cuando la persona conoce acerca de sí misma se activan procesos de sanidad, de liberación, de mejoramiento de gestión de vida y de manejo de relaciones. Sin embargo, ¡cómo le huimos a tener que ser examinados! ¡Cómo le huimos a ser auscultados! ¡Cómo le huimos a ser penetrados y escudriñados!

El gran comentarista bíblico Adam Clark, sobre este pasaje bíblico comentó lo siguiente: “Aquí lo que se está pidiendo es: “Dios, investiga mi conducta; examina mi corazón y prueba mis motivos ocultos””. Este comentario es sensato y razonable, ya que necesitamos que Dios nos investigue. ¡Necesitamos que Dios nos penetre y nos examine!

Entonces, ¿qué hacer, cuando no sabes qué hacer? Primer consejo y primera respuesta: Pídele a Dios que haga una radiografía de tu corazón.

Vayamos ahora a una segunda respuesta, a un segundo consejo...

Segundo consejo,

Disponte a admitir tu participación y tu responsabilidad

Disponte a admitir tu participación y tu responsabilidad en las frustraciones y dolores que vives y experimentas. Lo reitero: Accede a reconocer que estás involucrado en los dolores y frustraciones que experimentas; admite que tienes parte y eres responsable de ellos.

La tendencia humana es culpar a otros y decir: “Me hicieron...”, “Me han robado la paz...”, “Han estorbado mi dicha y mi felicidad...” Esa es la típica tendencia nuestra: Buscar las causas fuera de nosotros. Lo escucho constantemente en las sesiones de consejería y me ha llevado a acuñar este concepto: El mayor problema de un individuo no es tener un problema —porque problemas tenemos todos—, sino cómo lee su problema, cómo interpreta su problema, cómo maneja su problema. ¡Ese es verdaderamente el mayor problema!

La vida humana no es perfecta, las relaciones humanas no son perfectas, los escenarios humanos tampoco lo son. Esto es algo que debemos aceptar sin mayor protesta. La imperfección es la marca y la huella que dejamos los humanos doquiera que estamos. Entonces, el punto no es cuán imperfecto sea tu

matrimonio, cuán imperfecta sea tu situación de trabajo, cuán imperfecta sea tu relación familiar, o cuán imperfecto sea tu escenario de vida, sino más bien, cómo lo ves, cómo lo lees, cómo lo interpretas.

En pocas palabras, si ves tu vida plagada de imperfección... ¡Bienvenido a la vida humana! ¡Imperfección es lo nuestro!

En consecuencia, el punto crítico más bien es qué hacer con tu imperfección. Hay quienes en lugar de ver sus circunstancias de vida con aires de cierta normalidad hacen un verdadero drama de ellas.

Un ejemplo —y volviendo a mi situación familiar— es la condición de mi madre; la cual se agravó por la manera en que ella internalizó su infelicidad matrimonial.

Mi madre no fue feliz al lado de mi padre; y eso, conectado con otras situaciones propias de su personalidad, produjo la condición extrema que padeció. Ella se dedicó a sufrir. No se sentía amada. Se sentía subestimada; se sentía fea, sin valor, sin importancia; de pronto, fue más el autorechazo que generó y se infligió a sí misma, que el rechazo que mi padre le mostró.

Para ella, era él quien causaba el daño; para mí, ella agravó su condición por como leía su problema, como lo interpretaba, como lo encarnaba y como lo vivía. De allí, pues, la importancia de este segundo consejo: Tú tienes

que disponerte a admitir cuál es exactamente tu participación, cuál ha sido realmente tu papel y tu responsabilidad en las frustraciones y dolores que experimentas.

Y ya que estamos en el libro de los Salmos, pasemos al Salmo 69, que nos señala algo interesante a este respecto. Se lee:

"Oh Dios, tú sabes lo insensato que he sido; no te puedo esconder mis transgresiones."

Salmos 69: 5

Digo que es interesante este versículo, partiendo de que en los primeros tres versículos el autor expresó: *"Estoy anegado hasta el cuello... me hundo en una ciénaga profunda... no tengo donde apoyar el pie... estoy en medio de aguas profundas... me arrastra la corriente... cansado estoy de pedir ayuda... tengo reseca la garganta... mis ojos languidecen..."* Pero en un cambio de rumbo en sus palabras y lamentos, clama: "Oh, Dios... Yo he sido un insensato... Dios, no te puedo esconder mis errores".

¿Te das cuenta cómo la frustración debe llevarnos a un punto de autodescubrimiento y de autorevelación? Digo autorevelación —y con ello no estoy diciendo que uno tenga el poder para revelar cosas a uno mismo, sino—, refiriéndome a alcanzar cierto nivel de revelación respecto a

uno mismo, en términos de formas de ser y formas de actuar.

Entonces, aquí está este hombre David: Después de expresar su drama y sus dolores, comienza a conectarlos con sus insensateces y sus transgresiones. Lo dice en este versículo 5 que hemos leído.

Ahora déjame traer otras dos versiones de la Biblia sobre este mismo versículo 5. La revisión Reina-Valera del año 2000, tradujo: "*Dios, tú sabes mi locura, y mis delitos no te son ocultos*". En la Reina-Valera de 1960, se lee: "*Dios, tú conoces mi insensatez, y mis pecados no te son ocultos*". Mira los términos que se utilizan: locura, delitos, pecados. ¿Y de dónde se traduce así? Pues bien, esta palabra traducida como insensatez del vocablo hebreo "*ivvelét*", también se traduce como: necedad, indiscreción, sandez, locura.

¿Qué está diciendo, entonces, este texto bíblico? Que cada uno tiene responsabilidad en el drama de su vida; que cada uno tiene un papel que a veces ha jugado mal en aquellas relaciones disfuncionales o en aquellas circunstancias frustrantes que vive. Por lo tanto, cada uno tiene una cuota de responsabilidad en todo lo que le toca vivir.

A veces actuamos neciamente —como reza una de estas traducciones—. En mi caso, puedo verme actuando neciamente en diferentes

momentos y etapas de mi vida. A manera de ejemplo: Estoy casado hace 35 años, y durante ese tiempo... ihe hecho tantas necedades en el ámbito de mi relación matrimonial!

Igual si hablamos de indiscreción —término que aparece en otra de las traducciones—. Hay problemas producto o resultado de la imprudencia o el descuido. Indiscreción tiene que ver con algo que se maneja mal, con algo que se dice y no se tenía que decir, con algo que en lugar de callarse —porque a veces es bueno callar— se dijo, trayendo pésimos resultados; o también, con algo que simplemente se dijo sin pensar. Hay gente que habla primero y piensa después. Bueno, todo esto tiene que ver con indiscreción.

Insensatez y sandez son otras acepciones del vocablo "ivvelét" en el versículo 5 del salmo que leímos, e indica claramente que cosechamos problemas vinculantes con actitudes y conductas necias, indiscretas, insensatas y hasta locas... En lo personal, yo he actuado insensatamente alguna vez y he dicho alguna sandez en cierto momento o situación, y he cosechado sus inconvenientes.

El otro vocablo usado en el verso 5 del Salmo 139, es "transgresiones". Se lee: "(Dios...) no te puedo esconder mis transgresiones". La versión Reina-Valera del año 1960 tradujo "delitos"; la Reina-Valera del año

2000, tradujo "pecados"; y la NVI tradujo "transgresiones". Todas estas traducciones provienen del vocablo hebreo "ashmá", que significa: culpabilidad, falta, pecado.

Con el debido respeto te pido: No me vayas a decir que nunca te has equivocado. No me vayas a decir que no llevas la marca de algún pecado cometido. Y aunque no es mi idea señalar culpas, sí debo decir con toda claridad que hay ocasiones en las que no cabe otra sentencia, sino iculpable! Así que, no puedes decir que no has cometido faltas.

¡Cuántas personas —me incluyo en la lista— tratando de resolver problemáticas de vida las agravamos más! ¡Cuántos de nosotros tratando de arreglar algo, trajimos un remedio tan costoso y aflitivo, que resultó ser peor la medicina que el problema que intentábamos resolver!

Bueno, volviendo al punto central del pasaje, ¿de qué está hablando el salmista?, ¿qué respuestas está dando? El salmista comienza a hablar en tono afligido, en medio de terribles tempestades de la vida; y luego, llega a la final conclusión de que tiene una cuota de responsabilidad en las frustraciones que experimenta. ¿Sabes?, no hay nada malo con admitir haberse uno equivocado en algún tramo de la vida; no hay nada malo en ello, y sí hay mucho de bueno con estar dispuesto a admitirlo.

Volviendo a mi persona, tengo -como dije anteriormente- 35 años de casado; con doble vida matrimonial: con Dios, sirviéndole como pastor en el ministerio; y con mi esposa, con quien he estado casado durante ese mismo tiempo. Viendo en retrospectiva me doy cuenta que por muchos años observé mi vida sin contar con la suficiente revelación acerca de mí mismo. Pasé muchos años resistiéndome a la idea de heredar la condición emocional y psicológica de mi madre. Para mí era toda una obsesión.

Mi esposa me decía: "René, tú tienes que hacer algo con eso..." En ocasiones me volvía bipolar —al igual que mi madre— y caía en depresiones extremas en las que nadie lograba sacarme palabra; totalmente encerrado en mí mismo. Para luego pasar de ese extremo de tristeza, soledad y reclusión a tal hostilidad en la que podía ser sumamente violento y autodestructivo. Esos cambios extremos y bizarros me hundían en una condición verdaderamente lamentable, severa y crítica.

Gracias a Dios que esos episodios de hostilidad eran sólo en contra de mí mismo, y nunca fui agresivo ni violento con otras personas, ni siquiera con mi esposa. Lo que yo hacía era agredirme a mí mismo golpeándome el rostro a puño cerrado, hasta que la cara me quedaba adormecida por los golpes.

También me auto-flagelaba castigándome con el cinturón, dándome golpes con la hebilla en la espalda; o me autocastigaba durmiendo en el piso, sin mantas ni almohadas, por días enteros. Estaba sumido en esa dramática situación, que muy bien describió el salmista cuando dijo: "Estoy hundiéndome en una ciénaga profunda". Así estaba yo.

Pero un día el principio de solución vino: Me di cuenta que yo tenía una cuota de responsabilidad en mi sanidad. Nunca antes quise escuchar a mi esposa. ¡Cuántas veces me lo dijo: "René, es que tú tienes que hacer algo"! Por fin, un día comencé a darme cuenta que mi escenario de vida y circunstancias eran totalmente otros; pero yo, en nombre de lo que había pasado años atrás, había hecho un altar de actitudes y conductas destructivas, al hacer las mismas cosas destructivas que vi en mi niñez... ¡Totalmente absurdo e irracional! No había querido reconocer que me había llegado el turno de admitir mi responsabilidad; que ya no eran otros, sino yo, quien debía asumir la responsabilidad para con mi vida.

Entonces, ¿qué hacer, cuando no sabes qué hacer? Hasta aquí te he aconsejado: Pídele a Dios que haga una radiografía de tu corazón; que te examine íntimamente, que te explore por dentro. También, disponte a admitir tu participación y tu responsabilidad en las

frustraciones que vives y experimentas. Y un tercer consejo...

Tercer consejo, **Cambia tu manera de responder a lo que te afecta**

Hay personas que se pasan la vida sólo reaccionando mal con los demás. Son personas que reaccionan mal con el cónyuge o los hijos en casa, con el jefe en el trabajo o con el vecino, con el pastor, el hermano o la hermana en la iglesia. Son personas altamente reactivas. Su dinámica de ser y de actuar, todo el tiempo, es solamente estar reaccionando mal. Si éste es tu caso, tendrás que trabajar con tu forma de responder a lo que te afecta.

Ya que estamos en libro de los Salmos, pasemos a otro pasaje que se encuentra en el Salmo 37, el cual resulta aleccionador en el contexto de lo que estamos analizando. Pues bien, se lee en este pasaje:

"Refrena tu enojo, abandona la ira; no te irrites, pues eso conduce al mal."

Salmos 37:8

El mismo versículo, en la versión Reina-Valera 60, se lee:

"Deja la ira, desecha el enojo; no te excites en manera alguna a hacer lo malo."

Estas frases, que se traducen como "no te irrites" y "no te excites", provienen de un vocablo hebreo sumamente interesante: "kjemá"; que literalmente significa: fiebre, calor. Por consiguiente, sus distintas acepciones son: enojo, furia, indignación, resentimiento, rencor.

El texto leído señala que todo esto tienes que frenarlo, tienes que controlarlo. Hay cosas que te suben la sangre a la cabeza, ¿no es cierto? Hay cosas que te ponen realmente afiebrado; por lo que te vuelves reactivo en una determinada situación, y ya no piensas lo que dices ni en cómo actúas.

Muchas de las personas a quienes he tratado a lo largo de las varias décadas de mi ejercicio pastoral, aun después de veinte o veinticinco años de estar en la iglesia, una vez que les sube la temperatura emocional vuelven a citar las palabras soeces que solían decir cuando no eran creyentes; y presas del enojo, la irritación y la excitación sueltan las palabrotas, precisamente esas que el salmista dice debemos refrenar o abandonar.

En una teología espiritualizada y totalmente apartada de la dimensión humana, hay quienes dirían: "Pero, ¿qué le pasa a esa persona, si nació de nuevo por qué actúa así? ¿Acaso no es cristiana?, ¿no es una nueva criatura? ¡Claro que se trata de un cristiano y de una nueva criatura! Lo que sucede es que aun

siendo una nueva criatura —con todo lo que ya sabemos que esto implica—, sus dinámicas de respuesta son todavía extremas, por lo que en un momento crítico o de gran tensión, mete mano al viejo cajón donde está lo inservible y lo descartado. Esa persona, sintiéndose impotente y frustrada, termina reaccionando así de mal, evidenciando con ello su necesidad de crecimiento y maduración en lo que a capacidad de respuesta se refiere.

Como aclaración al ejemplo y argumento antes planteados, vale la pena decir que lo malo en un caso así no es reaccionar mal de manera eventual y aislada, lo malo es cuando esta forma de reacción se convierte en un mal hábito o equivocado patrón conductual de respuesta a lo que produce tensión o frustración. Volviendo al pasaje, vemos que esa fiebre —ese calor, ese "kjemá"— debe ponerse bajo verdadero gobierno. Ahora bien, me gusta ese verso 8; dice que esa fiebre o calor se debe "refrenar" y "abandonar" —en la versión Reina-Valera de 1960 se lee: "deja" y "desecha"—. Los términos hebreos aquí son "rafá azáb"; "rafá", que significa literalmente "aflojar", y "azáb", que se traduce como "soltar". ¿Qué está, entonces, diciendo el salmista? Que a veces lo que tienes que aprender a hacer, es aflojar y soltar algo; dejarlo pasar, dejarlo ir.

Sin embargo, el problema de hacer esto de "rafá azáb" —de aflojar y soltar—, es que en algunas ocasiones implica humillarse y permitirse perder la batalla... ¡Y eso no nos agrada! Por lo menos así lo interpretamos. Decimos: "Ah no, si yo me dejo ganar esta batalla pierdo las demás", "Si dejo pasar ésta, en la siguiente me van a poner la sogá al cuello". Por eso, la cultura de "no me dejo" o "no se deje" es la que impera en las relaciones interpersonales hoy día.

En mi país, Honduras, hay un reconocido periodista de nombre Adolfo Hernández, con quien nos conocemos desde la infancia. Adolfo, tiene un gustoso programa de televisión todas las mañanas que se llama "No se deje". El típico saludo de Adolfo en su programa, al iniciar, al momento de hacer pausas y al despedirse, es precisamente: "No se deje"; a la vez que da un golpe de puño en su escritorio. Esto es algo esperado y que cae muy bien a su enorme público telespectador.

Lo que Adolfo está pulsando en la gente — con este dicho—, es la idea generalizada de que "el que se deja" evidencia cierto grado de debilidad y de "dejación"; es decir, permite que los demás abusen de él o ella, por lo que — según esa visión cultural del relacionarse— resulta prudente "no dejarse" de nadie.

Pero mira qué curioso, por un lado, existe esa cultura generalizada del "no se deje", que cuenta toda la aceptación de la gente; sin embargo, la Biblia te da otra manera de manejarlo. La Biblia te dice: Refrena tu enojo, no te irrites, no te excites en manera alguna a hacer lo malo. Su consejo es "*Rafá azáb*"; así que, ¡aflojalo, suéltalo!

Todo esto tiene que ver con cambiar tu manera de responder. Por ello quiero invitarte a que pienses en ¿quién es y dónde está la persona con la que sueles reaccionar mal? Puede ser que duerma en tu cama, que coma en tu mesa.

Insisto en preguntar: ¿dónde está la persona con la que reaccionas mal? Tendrás que aplicarle la medida "*rafá azáb*" y decidir: ¡lo voy a aflojar!, ¡lo voy a soltar un poco! Y sin importar cuánto la cultura del "no se deje" te aconseje, pon a prueba lo que la Biblia te dice... ¡Atrévete a actuar contracultura!

Lo que yo he encontrado a este respecto, es que cuando uno suelta, Dios controla y gobierna. Por el contrario, cuando es uno quien controla y gobierna, Dios, por su parte, suelta y deja ir.

Es igual al conducir el automóvil; sólo puede ir una persona manejándolo y a cargo del timón. Así que, ¿vas tú o va Dios? Si sueltas tú, Dios toma el timón; si suelta Él, es porque tú

tomaste el control. Decídelo. Es una operación fácil de entender y de asumir al considerar qué resultará más sensato y provechoso.

¿Qué más? ¿Qué más hacer, cuando no sabes qué hacer? Repasemos lo que hemos propuesto hasta aquí: Pídele a Dios que haga una radiografía de tu corazón, es decir, un "kjacár"; pídele que te examine y te explore íntimamente. Disponte a admitir tu parte —tu participación y tu responsabilidad— en las frustraciones que vives y experimentas. Cambia tu manera de responder; no ser tan reactivo, aprender a hacer aquello de "rafá azáb"; aprender a aflojar y a soltar.

Cuarto consejo sobre ¿qué más hacer, cuando no sabes qué hacer? A continuación, algo de gran valor terapéutico...

Cuarto consejo, **Háblale a tu aflicción**

Crecí escuchando a la mayoría de personas alrededor de mí hablándole a sus aflicciones, sólo que de manera equivocada; lo que, por cierto, hace casi todo el mundo.

Particularmente, mi madre solía decir: “Yo en esta casa sólo soy una arrimada”. Lo que quería decir con el uso de esa expresión, es que ella estaba de sobra o de más en aquel círculo familiar. Y, ¡cuánto daño puede hacer una frase dicha al descuido y de manera reiterada! ¿No es verdad? Frases así pueden ser como un suave golpeteo, que a final de cuentas termina rompiéndolo todo.

No vayas a creer que se trata de casos y personas aisladas quienes se expresan así. Muy por el contrario, más gente de la que podemos ver y conocer habla constantemente de esta destructiva manera; al punto en que gente del común denominador —pues no tiene que tratarse de personas con algún grado mayor de conflictividad— se expresa de este modo, sin percatarse de los efectos negativos que traerán a sus vidas y a la de quienes les rodean. Pareciera que la humanidad entera sigue esta tendencia.

Muchas personas expresan mal su aflicción a través de frases recurrentes como: "A mí nadie me quiere", "A mí nadie me comprende". ¿Y tú, cuál es la frasecita que has acuñado? Yo tenía una: "Si estuvieras en mis zapatos" —"Si estuvieras en mi lugar"—. Lo que quería decir con ella, era: "¡Ay!... Sólo yo siento así las cosas... Soy un incomprendido". Más vale que mi esposa carece de este componente dramático en su personalidad... ¡Suficiente con el mío! Ante mi tendencia a ser demasiado dramático, ella, por el contrario, suele decirme: "¡Qué te pasa! No seas tan melodramático".

Pregunto nuevamente: ¿Cuál es tu frasecita predilecta? ¿De qué frase te has venido aferrando, con tal de no encarar correctamente tus circunstancias? ¿Qué frase has acuñado para evadir la responsabilidad en tus asuntos? Ya te dije cuál era la frase patética que yo solía usar, ahora es tu turno; di con sinceridad cuál es la frase que has acuñado, que te hace hablar mal y expresarte de manera que en nada te ayuda a sobrellevar tu aflicción.

Debes aprender a hablarle a tu aflicción. ¿De qué manera? Pasemos a otro de los salmos, el Salmo 42. En palabras afligidas este hombre dice:

"Y le digo a Dios, a mi Roca: "¿Por qué me has olvidado? ¿Por qué debo andar de luto

*y oprimido por el enemigo? Mortal agonía
me penetra hasta los huesos..."*

Salmos 42:9-10a

¡Qué interesante! Aquí aparece nuevamente el término que ya estuvimos analizando, "penetrar". Ahora bien, ¿es el Espíritu Santo quien traspasa tu alma para tu sanidad y liberación, o será la aflicción quien lo hará para tu mal?

Volvamos a la lectura de este salmo, y mira lo que sigue diciendo...

*"... ante la burla de mis adversarios,
mientras me echan en cara a todas
horas:*

"¿Dónde está tu Dios?"

Salmos 42:9-10b

¿Has sentido esta punzante pregunta en tu conciencia, alguna vez? ¿Has sentido ese reclamo y esa voz, diciéndote: "¿Y todos esos años de caminar con el Señor, dónde están... valdrán de algo?... ¿Habrà valido la pena?"?

Lo que el salmista está escribiendo es la reverberación de la burla maligna respecto a porqué está tan mal. Atrapado en la red de esa acusación, termina agotado mental y emocionalmente, preguntándose lo mismo: ¿Dónde está su Dios en esa aflicción que padece? Y eso taladra... penetra... hiere... duele.

Pero el salmista, de nuevo, en un cambio súbito de interpretación y de sentir, añade en el siguiente verso:

"¿Por qué voy a inquietarme? ¿Por qué me voy a angustiar? En Dios pondré mi esperanza, y todavía lo alabaré ¡Él es mi Salvador y mi Dios!"
Salmos 42:11

Me gusta como lo presenta la versión de la Biblia Reina-Valera 60, cuando traduce:

"¿Por qué te abates, alma mía? ¿Por qué te turbas dentro de mí?"

¡Esto sí que es hablarse a uno mismo de manera correcta, terapéutica y redentora! Así que, nada de decirte: "Soy un estúpido... No sirvo para nada... Mi vida es un fracaso..."; porque hablarte de esa manera, te hunde y acaba contigo.

"¿Por qué te abates, alma mía?" es un conversatorio íntimo de alto nivel. Veamos cómo termina esa plática del salmista con su yo...

"...Espera en Dios, porque aún he de alabarle, Salvación mía y Dios mío."

Es interesante ver esto a mayor detalle y profundidad, tomando en consideración este mismo pasaje en otras versiones de la Biblia. Por

ejemplo, esta frase "¿Por qué te turbas dentro de mí?" en la Reina-Valera del año 2000 se traduce como:

"¿Por qué bramas contra mí?"

Digo que resulta interesante pues la frase "¿Por qué te turbas...?" suena bastante poética; muy diferente a la expresión "¿Por qué bramas contra mí?", de la Reina-Valera del año 2000.

Por su parte, la Biblia Reina-Valera en su versión de 1865 tradujo:

"¿Por qué te enfureces contra mí?"

No hay ninguna contradicción ni error en lo que hemos leído. Todas estas traducciones están perfecta y cabalmente hechas. Turbarse, bramar, enfurecerse son perfectas traducciones, porque todas son derivaciones del vocablo "*kjamá*", que equivale —en su primaria acepción— a hacer un sonido; igual al que en el español hacemos: "Mmmmm". Por consiguiente, se traduce como: bramar, rugir, gruñir, ladrar.

Entonces, lo que el pasaje dice es: "Alma mía, ¿por qué estás así... Mmmmm?"

Hay ocasiones en que, justamente, así estamos. ¿No es verdad? Como un toro embravecido dentro de nosotros... ¡Bramando, rugiendo, gruñendo, ladrando! ¿Qué hacer, entonces? Ese momento y situación es justo la

hora de tener que aprender a hablarle correctamente a la aflicción.

Como he estudiado sobre esto en la materia de consejería pastoral para la atención de personas en crisis —con el abordaje a distintas problemáticas humanas—, y por haberlo además encarnado en mi propia persona, para mí esto tiene un alto sentido y significado: Aprender a hablar uno a su alma; aprender a hablar a la aflicción en tono correcto y terapéutico.

He visto a tantísimas personas hablarle mal y equivocadamente a su alma. Pero la Biblia dice que es posible hablarle de manera terapéutica a la aflicción.

Tú puedes calmar y traer paz a tu alma, porque tú administras cosas de Dios consignadas en Su Palabra. Tú puedes hablarle a tu persona interior y activar un estado de paz, de reposo y de tranquilidad. Esa es una acción muy valiosa. Es una eficaz herramienta y una prescripción divina, valiosa y vital. Así que, ¡aprende a hablarle a tu aflicción con las palabras correctas!

Continuando con esta lista de prescripciones bíblicas sobre qué hacer, cuando no sabes qué hacer, un consejo más...

Quinto consejo,
No te resistas ni forcejees...
Sé enseñable al Señor

En cierta ocasión, vi que se estaba tratando de auxiliar a alguien que había sufrido un accidente. En un penoso cuadro de ese accidente vehicular, trataban de sacarle de entre el amasijo del automóvil volcado. La persona accidentada comenzó a actuar de manera histérica y gritaba en total estado de alarma y terror, moviéndose brusca y violentamente. De manera inconsciente esa persona estaba resistiéndose, forcejeando; prácticamente, estaba matándose a sí misma, porque con ese forcejeo y resistencia no sólo estaba oponiendo resistencia y dificultad a quienes intentaban ayudarle, sino también corriendo un enorme peligro. Y en efecto, por un lado, estaba estorbando a quienes trataban de salvarle e intentaban hacer bien ese trabajo, y por el otro, estaba infligiéndose toda clase de heridas y laceraciones, rompiendo su carne, músculos y huesos, maltratándose en su forcejeo.

También he visto a gente forcejear en lo emocional, moral y relacional. Y siempre he advertido que quienes forcejean con la vida de esa manera, terminan infligiéndose grandes daños y dolor. A veces, quien está forcejeando

crea erróneamente que con ello está demostrando que tiene derechos y que está tratando de reclamar esos derechos o la justicia que le asiste en determinada situación o relación. Al final estas personas terminan lastimadas, porque quien forcejea se hace daño a sí mismo. Parece ser la regla. Por eso el consejo: No te resistas, no forcejees; sé enseñable... Sobre todo, enseñable al Señor.

Te habla un hombre que en ciertos pasajes de su vida no fue enseñable. Dios ha tenido que tratar muy seriamente con quien escribe estas líneas. Y, sinceramente, estoy convencido que esa actitud de no ser enseñable es muy mal negocio para cualquier persona en cualquier escenario de vida.

Nosotros los humanos, por lo general, le ponemos cierto sello a esta actitud de "no enseñable". Solemos decir: "Es que yo soy así", "En mi familia así somos... Así era mi tía... Yo recuerdo que así era mi abuelo..." Pero entendámoslo de una vez: Dios no está tratando con tu tía, ni con tu abuelo; Dios está tratando contigo, con tu vida, con tu persona y con tus actitudes.

Otros dicen y argumentan: "Ah, es que así es mi temperamento..." Pero debemos dejar de salirnos por la tangente; debemos dejar las falsas excusas y los falsos argumentos. La verdad es que nuestro temperamento necesita

ser enseñado, necesita ser tratado, necesita ser formado; es decir, necesita ser enseñable al Señor.

Y ya que estamos en el libro de los Salmos, sigamos allí. Vayamos al Salmo 32.

"El Señor dice: "Yo te instruiré, Yo te enseñaré el camino que debes seguir; Yo te daré consejos y velaré por ti."

Salmos 32:8

¿Quieres tener la instrucción, enseñanza y consejo del Señor? ¿Quieres que el Señor te muestre el camino en que debes andar? Seguramente tu respuesta es un rotundo ¡sí! Pero mira lo que sigue a continuación en la lectura, y con qué se conecta este ofrecimiento divino...

"No seas como el mulo o el caballo, que no tienen discernimiento, y cuyo brío hay que domar con brida y freno, para acercarlos ti".

Salmos 32:9

No lo digo yo, lo dice la Biblia: *"No seas como el mulo o el caballo, que no tienen discernimiento, y cuyo brío hay que domar..."* ¡Vaya palabra! Y agrega: *"...domar con brida y freno, para acercarlos a ti".*

En mi caso también, ¡Dios ha tenido que domarme! Hace 10 años me echaron de una iglesia; pues ¡oyeme!, he tenido un temperamento tan fuerte, que por su causa he tenido que pasar por cosas muy duras. Así que te doy este consejo porque yo he estado ahí. Por eso puedo decir que eso de no ser enseñable es un mal negocio.

Pero ¡atención!, Dios quiere guiarnos a un estado de bienestar, estabilidad y bendición. Este texto bíblico nos muestra claramente ese deseo por parte de Dios; Él quiere instruirnos, mostrarnos su camino, velar por nosotros, guiarnos y hacernos bien. Pero también el texto nos muestra el problema que tiene Dios para poder hacerlo.... Por lo cual a veces ¡tiene que domarnos con brida y freno!

Esta palabra que se tradujo como "domar" viene del hebreo "*balam*" que, por cierto, es de donde toma nombre el profeta Balaam, a quien una bestia de carga le habló por causa de su necesidad. ¡Era tan burro, que un burro le habló!

Este vocablo "*balam*", en su raíz primaria se traduce literalmente como "poner bozal". Pues bien, "ser domado" en ocasiones tiene que ver justo con eso, con que Dios nos ponga un bozal para poder tratar con nuestras vidas.

En lo que a mí respecta, Dios me ha puesto bozal más de alguna vez. Y para no sentirme solo en esa experiencia, te pregunto: ¿Será que

Dios alguna vez habrá hecho lo mismo contigo? Y para sentir que no sólo yo he pasado por esto, insisto: ¿Será que Dios alguna vez tuvo que ponerte bozal para tratar contigo? Ciertamente, en ocasiones Dios tiene que domarnos. Pero, ¿para qué?, ¿con qué propósito? ¡Para hacernos bien, para guiarnos en el camino en que debemos andar!

¿Qué más? Antes de continuar —para internalizar bien y que no se pierda de la mente— hagamos de nuevo un inventario de los consejos brindados hasta este momento: Pedir a Dios que haga una radiografía del corazón, admitir la participación y la responsabilidad propia, cambiar la manera de responder, hablar correctamente a la aflicción, no resistirte ni forcejear con el Señor, ser enseñable.

Ahora sí, un consejo más...

Sexto consejo, **Renuncia a la justicia propia**

Mientras digas e insistas reclamando cómo se va a resolver el problema, no habrá verdadera o completa solución. Dios no va a aceptar consejos y sugerencias tuyas, ni de nadie más. Mientras digas: "Esto se va a resolver así y así", estás dándole órdenes a Dios y estás forcejeando con Él... ¡Y Dios va a tener que ponerte un bozal para tratar contigo!

Entonces, es mejor renunciar a la auto-justicia; ya que intentar establecer la justicia propia es parte del forcejeo del que hemos estado hablando y haciendo sería advertencia.

Hasta aquí el hebreo. Pasemos al Nuevo Testamento y vayamos a Filipenses 3. Aquí, Pablo, hablando en primera persona y refiriéndose a la propia experiencia de vida, escribió diciendo:

"No quiero mi propia justicia que procede de la ley, sino la que se obtiene mediante la fe en Cristo, la justicia que procede de Dios, basada en la fe."

Filipenses 3:9

No sé si puedes notar los extremos: "Mi propia justicia" y "la justicia que proviene de Dios". Porque va a ser o una o la otra: Caminas

en la justicia de Dios o andas en tu propia justicia. Simplemente, es una o la otra... No es posible ambos extremos a la vez.

¿Qué es la justicia propia? Es todo aquello basado en: "Yo tengo la razón" o "Así pienso yo". Si pudiéramos observar el texto con mayor detenimiento, nos daríamos cuenta que Pablo está hablando de todo lo que uno puede sumar, en términos de raza, abolengo, procedencia, capacidades y erudición. Y hace referencia a todo cuanto uno puede tener, saber, conocer y acumular. En su argumentación habla de renunciar a todo eso, y termina diciendo que lo desecha todo porque esa lista sólo le ha servido para vivir conforme a su propia justicia, y ya no quiere vivir más de esa manera o conforme a esos valores.

Puede ser que estoy escribiendo para alguna persona cuyo problema no se resuelve, porque sus criterios y su interpretación de los sucesos que acompañan su historia de vida están basados en su propia justicia.

Auto-justicia o auto-justificación bien puede definirse así: Cuando lo decides todo por cómo tú lo ves, cuando al único que consultas es a ti mismo. "Es que yo pienso... Es que yo opino... Es que yo siento... Es que a mí me parece... Es que yo digo...", son las típicas expresiones de alguien que vive sobre la base de su propia justicia. Ese es su verdadero

problema; y a eso se le llama auto-justicia o auto-justificación. Pablo dice haber renunciado a ella!

Este término "justicia" resulta curioso. Viene del griego "*dikaíosúne*", que es: equidad de carácter o acto y justificación. Lo que quiere decir y significa, es que me auto-justifico cuando: Lo que yo digo está bien, porque yo tengo todo para decidirlo. Tengo todos los elementos, tengo todos los argumentos, tengo todas las justificaciones, tengo toda la experiencia, tengo todo el discernimiento. Simplemente, tengo todo lo que se necesita para decidirlo. Pues a eso, precisamente, se le llama: Equidad de carácter o acto y justificación. Por eso dije que auto-justificarse tiene que ver con percepciones, interpretaciones y argumentaciones basadas en "Yo tengo la razón".

Déjame decirte rápidamente qué es un proceso típico de consejería de los que suelo manejar. Tiene que ver con trabajar, ayudando a la persona a revisar si la lectura que ha hecho de sus circunstancias es correcta.

Un ejemplo fácil: La aconsejada me dice: "Pastor, ya no aguanto a ese hombre. Me casé ilusionada; pero ese hombre se ha encargado de romper todos mis sueños y mi corazón. ¡Mi marido ha sido la gran decepción!". Mi respuesta

es un simple y amable: "Continúe..." Y la estimulo a hacer "su lista completa" de inconformidades y molestias. Por mi parte, sólo voy checando lo que ella me dice.

Cuando ya no tiene nada más que decir sobre lo decepcionante que ha sido "ese hombre" —como lo llama ella— comienzo a trabajar entre líneas: "Ajá, cuénteme, ¿y qué tal es como padre con los hijos?" A lo que ella me responde: "Ah, eso sí Pastor, como padre, es un gran padre. Viera usted, conmigo es un patán, pero con los hijos ¡qué lindo padre es!" A lo que a mi vez respondo: "Ah, ¿de verdad?", y rápidamente añado una pregunta: "¿Y con las responsabilidades en el hogar?, ¿cumple con ellas?". A lo que responde: "En eso no puedo decir otra cosa, es un hombre cumplidor en esa parte". Entonces, a partir de ese punto, comenzamos a trabajar en lo que no tiene en su lista de quejas e inconformidades.

En esa nueva ruta comienzo a ofrecerle nuevas perspectivas, opciones y herramientas, para mejorar su percepción y balancear su interpretación y valoración de esa relación matrimonial. Así, al final termina diciendo: "Mmm, no está tan mal ese hombre, ¿verdad, Pastor? A lo que respondo: "Pues mire, yo he visto peores".

Esto tiene que ver con la capacidad perceptiva. Tú puedes percibir que tu vida

entera es un desastre, por una sola cosa mala que esté pasando; o puedes creer que una relación está mal por entero y echada a perder, por algo que estés percibiendo de manera desmesurada y sin balance en su valoración. La necesaria medida y el balance los consigues si renuncias a tu auto-justicia.

¿Qué más hacer, cuando no sabes qué hacer?...

Séptimo consejo, **Pídele también a Dios que te provea la motivación que necesitas**

Me refiero a la motivación que te falta. Porque los problemas de largo plazo y los asuntos sin resolver drenan nuestras fuerzas y ánimo, acaban con la motivación de nuestro corazón. De allí, pues, que tengas que recurrir a Dios como fuente de provisión de ese combustible que se ha extinguido en el tanque de tu corazón y que te inhabilita para hacer el esfuerzo necesario en la consecución de buenos resultados de vida.

En la carta de Pablo a los Filipenses, capítulo 2, se lee:

"Pues Dios es quien produce en ustedes tanto el querer como el hacer para que se cumpla su buena voluntad."

Filipenses 2:13

Aquí se nos ofrece, por parte de Dios, dos importantes componentes para una personalidad equilibrada y tonificada: El querer y el hacer.

Lo que se tradujo como "querer", proviene del griego "*dseléo*", que significa en sus diferentes acepciones: escoger, preferir, desear, inclinarse alegremente, deleitarse, gustar. ¿Qué

está diciendo, entonces, esta porción de las Escrituras?

Que de Dios puedes obtener la inspiración necesaria y suficiente para "escoger" lo realmente conveniente y edificante. Que Dios puede sembrar en ti una "preferencia" por lo que hasta ahora ha sido más bien el objeto y la razón de tu rechazo.

También nos dice que Dios puede llevarte a "desear" lo que hasta hoy ha sido más bien la causa de tu repudio. Que Dios puede hacer que tu corazón "se incline alegremente" hacia aquello que te ha estado produciendo deseos de huir y escapar. Que Dios puede hacer que te "deleites" y que comiences de nuevo a "gustar" de algo que hace tiempo perdió su sabor, su gusto y su interés para ti.

El otro término que aparece en el pasaje leído es "hacer". Dice que Dios puede producir eso en tu persona. Lo primero tiene que ver con motivación, pues hay veces que simplemente ya no te sientes motivado, ya no quieres, ya no sientes nada a favor. Pero esto es diferente; tiene que ver más bien con la capacidad necesaria.

En ocasiones tenemos motivación, queremos hacer algo, pero no tenemos las fuerzas para hacerlo. Con esto tiene que ver la palabra "hacer" del pasaje que leímos.

Lo que se tradujo como "hacer" proviene del griego "*energéo*" que se traduce como: ser activo, ser eficiente. Viene de la raíz "*energés*" que significa: activo, operativo, eficaz.

Mi segundo nombre es Boanerges, sobrenombre que puso Jesús a dos de sus discípulos y que significa "Hijos del trueno". La razón de este sobrenombre era precisamente la actividad y carácter operativo de estos dos discípulos; en cuanto a mí, es un rasgo que he heredado con este nombre recibido de mis padres. Pues bien, el nombre Boanerges tiene el componente "*energés*" que estamos citando.

Lo que está diciendo Pablo, entonces, es que Dios puede producir en ti la capacidad, energía, actividad y eficacia que sientes se han acabado. ¿No es maravilloso? Por consiguiente, esta promesa divina debe dar por concluido el conflicto de: "Yo no puedo", "No tengo las fuerzas para hacerlo", "Me siento incapaz de intentarlo"; ya que Dios produce esas capacidades en ti, si es que se la pides a Él.

Ahora bien, hay otra palabra interesante que hemos estado leyendo en el texto citado, es la palabra "produce". ¿Qué contiene esta palabra de uso tan cotidiano y de aparente poco significado?

Resulta curioso encontrar que lo que se tradujo como "produce" viene del mismo verbo raíz "*energéo*", por lo que en una transliteración

leeríamos: "Dios produce en ti, que puedas producir". ¡Sorprendente! ¡Dios produce en ti la capacidad de producir! Esto, definitivamente, rompe toda excusa. Si te has estado diciendo que no puedes hacerlo, porque no tienes la motivación ni la capacidad de actuar como quisieras, la respuesta divina es que, aunque tú no puedas, Dios puede traer la motivación que necesitas y la capacidad de producir ese "hacer" que te hace falta. ¡Sorprendente!

En resumen... ¿Qué hacer, cuando no sabes qué hacer? Pídele también a Dios te provea la motivación que necesitas.

Finalizo con un consejo más, que en principio pensarás no tiene sentido...

Octavo consejo, **No hagas nada; simplemente, ino hagas nada!**

Así como lees: **Simplemente, ino hagas nada!**

¿Será que estoy induciéndote a caer en un estado y actitud de pasividad? ¿Será que estoy invitándote a cruzarte de brazos simplemente? Definitivamente no. Lo que estoy queriendo decirte es: Cuando no sepas qué hacer, no hagas nada; sencillamente, espera en el Señor.

Esperar en Dios, es uno de los conceptos primarios y de mayor antigüedad en la Biblia. Uno de mis salmos preferidos, el Salmo 37, dice en una de sus partes a este respecto...

"Encomienda al Señor tu camino; confía en Él, y Él actuará. Hará que tu justicia resplandezca como el alba; tu justa causa, como el sol del mediodía. Guarda silencio ante el Señor, y espera en Él con paciencia..."

Salmos 37:5-7

Esto es esperar en el Señor: Dejar de hacer, para que Él haga; abstenerse de determinada acción, para que la acción divina se manifieste; esperar en Él, para que nos enseñe y

trate con nosotros entretanto viene su respuesta, su solución y su salvación.

Otro de los textos célebres acerca de este tema, es el pasaje en Isaías 40, se lee:

"Aun los jóvenes se cansan, se fatigan, y los muchachos tropiezan y caen; pero los que esperan en el Señor renovarán sus fuerzas; volarán como las águilas: correrán y no se fatigarán, caminarán y no se cansarán."

Isaías 40:30-31

Aquí, de paso, se nos da una importante razón para aprender a esperar en el Señor: Renovar nuestras fuerzas. ¡Quién no necesita esta necesaria renovación, ante las duras y penosas jornadas de la vida!

Entonces, no temas esperar en Dios cuando no sabes qué hacer. Y no te engañes: Esperar en Dios no es signo de conformismo ni de pasividad, tampoco es señal de debilidad o de miedo; esperar en Él es señal de madurez, es señal de dominio propio y de capacidad de auto-gobierno. Solamente la persona que logra gobernarse es la que puede optar por esperar en momentos de apremio, de lucha o de serias amenazas.

Lo leímos anteriormente y lo reitero: *"Confía en Él, y Él actuará... espera en Él..."*. Cuando haces un alto y te detienes, con ello

invitas a Dios a hacer su parte, a intervenir a tu favor y a traer el cumplimiento de Sus propósitos a tus despropósitos de vida. En pocas palabras: ¡No temas esperar en el Señor!

Ora conmigo

Para mí, no hay mejor conclusión que la oración. En la iglesia he aprendido que la mejor conclusión, después de cada mensaje compartido, es hacer oración. Orar, es drenar hacia Dios lo que sentimos; orar, es soltar nuestra condición delante de Dios; orar, es abrir los canales de nuestro espíritu al Espíritu de Dios. Por consiguiente, quiero orar.

Te invito a no cerrar este libro en este punto, creyendo erróneamente que se trata sólo de un cierre amable a esta exposición. No lo es. Te invito a que por medio de la oración escrita a continuación termines de acomodar en tu interior todo lo que has descubierto y aprendido en esta lectura. También, para prestar tu alma al Espíritu Santo, para que Él haga lo que tú no puedes hacer.

Dijo Pablo —en uno de los textos bíblicos citados en este libro—, que Dios produce en nosotros así el querer como el hacer, para que podamos cumplir en nuestras vidas Su magnífica y buena voluntad. Por esta razón también, te invito a orar.

Oremos con esta idea en mente y corazón: Unos instantes con Dios, en el tiempo en que se hace un chasquido de dedos, pueden resolver meses de consejería e intentos de todo tipo por

mejorar nuestra condición. Como ya expresé, soy consejero pastoral certificado; como tal, siempre digo a mis aconsejados que deben esperar un milagro por parte de Dios.

No sé cuánto tiempo empleé argumentando a favor de tu bienestar y restablecimiento, con un solo motivo: Preparar tu corazón para el minuto de Dios, al final de esta lectura. Esto que llamo "el minuto de Dios", puede soltar tal carga de poder que transforme áreas vitales de tu vida.

Insisto, he visto que un minuto con Dios puede cambiar totalmente el sentir y el rumbo de una persona. Y ese minuto con Dios ¡es ahora! Ahora es el momento en el cual Dios, por su poder y por su Espíritu, traerá bienestar, renovación y transformación a tu vida.

Ora conmigo...

«Espíritu de Dios,

Tu Palabra dice que al principio de todas las cosas la tierra estaba desordenada y vacía, pero el Espíritu de Dios se movía, se cernía sobre la faz de aquel estado de confusión y de aquella oscuridad para producir luz y traer tu orden.

«Señor, antes de los actos de la creación, tuvo primero que haber luz y orden en aquel caos. De igual manera, en el libro de

esta persona que lee conmigo; en la historia de esta persona que se acerca a Ti, hay historia sagrada también, porque es historia que ha sido puesta en tus manos. En esta vida, en esta persona y en esta historia hay cosas que no han salido bien; hay cosas que no parecen tener solución.

«Espíritu de Dios, Te invito a venir y a posarte sobre esta vida para sanar, para cambiar la mente, la actitud, el sentir, el corazón.

«Señor, tu Palabra dice que el corazón de Saúl fue mudado en otra persona. Y yo vengo a reclamar que algo sea mudado en esta persona que ora conmigo. En este minuto de comunión contigo, que un nuevo entendimiento, una nueva capacidad de percepción, venga milagrosamente a su persona interior. Que pueda verse a sí misma, no para culpabilidad, sino para revelación.

«También te pido que despierten capacidades dormidas en esta persona; que los dones y capacidades que han estado dormidos o en el enrejado de una actitud errónea y una actitud equivocada, sean liberados. Que en todo aquello que a

tus ojos es una actitud equívoca, pido un viraje, un giro, una transformación en términos de conducta, de sentir, de enfoque de vida.

«Padre, en el nombre de Jesús, pido que tu Espíritu coloque un algo más, un aliciente, un algo que esta persona no puede ver, pero que necesita con urgencia y que hace falta en su escenario de vida.»

En el nombre del Señor, querido lector, a ti te digo:

«Tienes dones, tienes cualidades, tienes virtudes; pero eso que te ha estado faltando puede ser la llave que abra el candado que aprisiona esos dones dentro de ti. Y reclamo, que de manera sobrenatural aparezca y surja en ti lo que has estado necesitando para ser la persona que debes ser. Esa cualidad dormida, esa cualidad bajo arresto que no ha podido soltarse y liberarse para tu bien; esa cualidad que necesitas para sanar, para restaurarte, para renovarte, para enderezar cosas, para cambiar cosas, para transformar personas y situaciones, iese soltada en ti!

«En el nombre de Jesús: Le hablo a la rama más seca en el árbol de tu vida, para que dé fruto, el fruto necesario. Pido que comience a fluir en ti una sabiduría fácil, una capacidad para comprender a los demás, una capacidad de discernimiento para leer correctamente tus circunstancias y relaciones. Para ya no leer más tu vida a través de tus dolores, para no leer más tu vida a través de tus complejos, para no leer más tu vida a través de tu infortunio. Para poder ver tu vida a través del ojo de Dios. Reclamo el colirio de Dios sobre tus ojos espirituales.

«En el nombre de Jesús: Que puedas ver con ojo bueno y sano; no lo que el enemigo te dice debes ver, sino lo que de verdad debes y necesitas ver de acuerdo al programa de Dios para tu vida. Si has estado observando de manera confusa y obsesiva, y eso te impide ser el verdadero tú, te impide tener dicha, te impide tener gozo, te impide desarrollarte correctamente y llevar una vida sana y de bien.

«Por eso oro: Para que en todo aquello que has estado observando de manera negativa

y fatalista, se abra ese candado, ¡ahora mismo!, y tu pensamiento pueda ser libre.

«En el nombre de Jesús: Que el Espíritu del Señor te muestre cosas maravillosas. Que el Espíritu del Señor te muestre tesoros escondidos y estrategias de Dios para manejar tu vida, hoy.

«En el nombre de Jesús: ¡Que así sea!»

Y por fe declaro sobre ti:

«Que no tendrás que remitirte a tu ayer, que no tendrás que remitirte a fuentes extrañas, ni a las fuentes del dolor y la frustración, sino a las fuentes de Dios, para tu restauración y nueva oportunidad. El Espíritu del Señor te dará nuevas maneras de administrar tu vida y relaciones, de enfocar correctamente tus necesidades y problemas. Tu ojo será bueno, ¡en el nombre de Jesús! Tu ojo será sano, será limpio, será sencillo. Podrás ver lo que no has podido ver. Podrás hacer lo que no has podido hacer. ¡En el nombre de Jesús!»

Ahora, te invito a que, de tu parte, repitas esta oración. Dile a Dios:

«Señor Jesús, Tú eres mi fuente y mi provisión. Hoy recibo de Ti, así el querer

como el hacer, para cumplir tu buena voluntad.

«Y en tu nombre, Jesús, al concluir esta oración, en todo aquello en lo que fracasé, en todo aquello en lo que fui vencido, ¡seré vencedor!, ¡seré conquistador!

«En tu nombre, Jesús, declaro que soy una nueva creación en Cristo, una nueva persona creada a imagen de Cristo Jesús. Lo declaro: ¡Voy a crecer a la medida de la estatura y de la plenitud de Cristo Jesús! Y me resisto a repetir la historia de otras personas; no tengo que parecerme a alguien más. ¡Tengo a Cristo! Él es la imagen de lo que debo ser; Él es la imagen que está siendo formada en mí. Seré la persona que debo ser; seré la persona que quiero ser en Cristo Jesús.

«Al concluir esta oración sabré qué hacer, sabré cómo decidir, sabré por qué camino andar. ¡En el nombre de Jesús! ¡Amén!»

Epílogo

Ahora, no digas nada. Quédate en silencio y deja que el Espíritu Santo acomode lo espiritual en lo espiritual. Déjalo que acomode los desarreglos que ha habido en tu persona y en tu vida. Hay desarreglos que espiritualmente están modificándose ahora mismo, por el poder del Espíritu del Señor.

Tu casa espiritual, tu casa interior está poniéndose en orden, por el Espíritu de Dios. Pensamientos incorrectos, pensamientos escapistas, pensamientos destructivos, están siendo arrancados y desarraigados como maleza y mala semilla en el terreno de tu mente y corazón.

Las semillas que el Enemigo sembró en tu interior, el Señor las arranca ahora mismo. El Señor renueva compromisos de vida en desgaste y erosionados; esos compromisos comienzan a tornarse en un nuevo querer, en un nuevo sentir, en un nuevo anhelo.

Lo que ha sido tu vergüenza y tu fracaso, o lo que no quisiste hacer por enojo, capricho o resentimiento, o por demostrar quién eres tú... ¡Podrás hacerlo!, para la gloria del Señor.

Pondrás la gloria del Señor delante de ti, como tu prioridad. Lo demás vendrá como añadidura. Aquello por lo que has peleado, por

lo que has discutido, por lo que te has resentido, vendrá como añadidura, vendrá como medida apretada, remecida y rebosando; será puesta en tu regazo, y tú dirás: "¡Por qué peleé tanto, lo que vino fácilmente por causa del Señor!"

Hay batallas que ya no seguirás peleando, puesto que no son batallas del Señor. Pablo dijo: "He peleado la buena batalla"; pero tú has peleado algunas malas batallas.

Dejarás de hacer ciertas cosas que has estado haciendo en nombre de Dios, pero sin Dios. Porque en ocasiones has querido ayudar a Dios, y terminaste haciendo cosas en el nombre de Dios, pero sin Él. Eso ya no será más.

Tus actuaciones serán, más bien, vinculantes con el Espíritu Santo, con la guía de Dios. Donde has estado forcejeando encontrarás que ahora tienes paz. Le darás a Dios, Su lugar: Dejarás que Él maneje tu vida, relaciones y circunstancias. Le darás a Él su lugar: dejarás que Él traiga sobre ti Su paz; esa paz que sobrepasa todo entendimiento y toda racionalidad.

Recibe ahora mismo la paz de Dios que sobrepasa todas las razones y todos los argumentos. Que la paz de Dios alcance y llene tu espíritu.

¡En el nombre de Jesús! Amén.

Respira hondo y profundo. Hay aflicciones y cargas que, literalmente, se están yendo. La carga se va, aunque el problema no se ha resuelto todavía.

Así opera la paz de Dios. No es resultado de ausencia total de conflictos, sino, a pesar de ellos tienes paz. Ya no tienes que decir: "Tendré paz cuando se resuelva el problema". Porque, tratándose de Dios y de su intervención, eso ya no será así... No se resuelve todavía, pero tú tienes paz.



www.ccipublicaciones.org

Correo-e: ccipublicaciones@ccihonduras.org

Teléfonos: (504) 2235-5968 y 2239-6915

Centro Cristiano Internacional

Residencial El Trapiche, Boulevard Suyapa
Tegucigalpa, Honduras, Centro América